


PARTE I:

Franciscanos en Tarija: vida y complejo conventual

En la Villa de San Bernardo de la Frontera

El 18 de mayo de 1606 es la fecha de fundación del Convento de Nuestra Señora de los Ángeles, más conocido como San Francisco de Tarija. El documento I.3 refiere que la solicitud de presencia franciscana correspondió a los habitantes de la villa, petición que llegó a la Audiencia de La Plata el día 10 de marzo de 1606; y el 14 del mismo mes se concedió la “licencia” de construcción. A las pocas semanas, el P. Miguel Chirino estaba en Tarija y el 4 de mayo, fiesta de la Ascensión, pueblo y autoridades, reunidos en la iglesia matriz, firmaron el pacto [I.4] para satisfacer las condiciones asumidas con la petición: el padre provincial enviaba “tres frailes que vayan a fundar el convento; y porque el hacerlo y la casa y todo lo demás que fuera de su sustento nos ofrecemos... sin que sea necesario se gaste de Vuestra Real Hacienda” [I.3].

Seguramente se basa en el documento I.6 de 18 de mayo de 1606, la afirmación del P. Corrado en *El Colegio Franciscano de Tarija y sus misiones* (Tarija, 1990), que dice en pág. 24: “Catorce días después, se abrieron los cimientos...”, lo que resultaba ser el 18 de mayo (considerándolo desde el domingo de la Ascensión); tal fecha fue mantenida también en las celebraciones del III Centenario (Lauroua Manuel, *Crónicas...*, Parte VII del momento republicano). El documento I.3 nos habla asimismo de la suspensión de los trabajos inmediatamente después, a raíz de no haber llegado a Tarija la licencia del “Señor Patrón” (Patronato Regio). En las líneas firmadas por el deán y cabildo de la Santa y Catedral Iglesia y obispado de Charcas, del 9 de enero de 1607, se manda: “y el vicario de ella ni otra persona lo impidan so pena de excomunió*ón latae sententiae*”. El mencionado señor vicario era Rodrigo Sánchez de Luna, propietario del solar que fue comprado por el síndico del convento para su construcción. Con anterioridad, el mismo había sido autor del trueque del solar para la fundación del convento de los padres agustinos, firmado el 2 de marzo de 1588 (A.F.T. EP-27). En el legajo EP-27 se incluye una carta de la diócesis de Chuquisaca, en la que se conmina al sacerdote a la ejecución de la excomunió*ón* de las personas que no cumplieran con sus promesas de entregar la ayuda a los agustinos. Sea con relación a éstos, sea a los franciscanos, junto al nombre de Rodrigo Sánchez Luna, aparecen los de Ambrosio y Diego Torres y otras personas comprometidas en la sucesión de compras y ventas de solares.

 Más allá de esas referencias personales, los sobresaltos fueron causados, seguramente, por el mercado de explotación del territorio urbano, que se debió a la ampliación y desplazamiento del centro de la ciudad planificada por Luis de Fuentes el 4 de julio de 1574. Se pasaba del centro,

arrimado a la Loma de San Juan (A.F.T. EP-27), que se ampliaba hacia la plaza del mercado, donde se erigió también la Iglesia Matriz. El proyecto de establecimiento de religiosos correspondía a una planificación de ciudad hispana: los dominicos ya presentes en 1575, agustinos 1588, franciscanos 1606, juandedianos 1632 y jesuitas 1690. Su presencia provocaba una arquitectura espacial subdividida en puntos simbólicos. El convento de San Francisco, a pesar de estar ubicado a una cuadra de la actual plaza Luis de Fuentes (zona de trueque y mercado de productos agrícolas), se consideraba que estaba en los extramuros.

El documento de trueque del solar del vicario Rodrigo Sánchez de Luna, anota que tal solar colindaba con el solar (que regaló a los agustinos) de don Diego Espeloca, (A.F.T. EP-27) cacique principal del pueblo de Talina..., “al cual le había dado y hecho merced el capitán Luis de Fuentes”. La noticia confirma que el fundador de Tarija había llegado con un contingente de personas de Chuquisaca, Potosí y centros intermedios. Evidentemente se trataba de indios amigos que, introducidos en la ciudad, colaboraban en su seguridad, mientras que tomatas y churumatas, establecidos en la región antes del arribo hispano, vivían en los alrededores de San Lorenzo y otras zonas agrícolas (Canasmoro, Tomatitas, Sella...). El establecimiento del cacique de Talina en la cercanía del cerrito de San Roque (los agustinos ocupaban el espacio del actual mercado central según el documento I.22) hace pensar que en la distribución habitacional de la ciudad se introdujo un concepto de barrio, que agrupaba especialidades de trabajo e identidades culturales. De hecho, la ostentación del título de cacique y el ser hombre de poder y riqueza, manifestaba que era enlace continuo entre Tarija y su pueblo de origen.

Así, la ciudad hispana se preparó para su futuro, integrando elementos estéticos de la tradición de los pueblos originarios de los Andes y aportes españoles. Tal modelo había tenido éxito en las ciudades del norte. Pensando en una situación de experiencia cuzqueña de los primeros habitantes del valle de Tarija, justificamos su planificación según los “ceque” (Nathan Wachtel, *Sociedad e ideología*, Lima, 1973, págs. 23-35). Desde el centro inicial y su prosecución en los futuros centros simbólicos y de actividades, se puede pensar en un modelo de media luna, cuyas líneas periféricas relacionaban el río Guadalquivir a la capilla San Roque, pasando por la capilla de San Juan, con las subdivisiones internas: San Roque y agustinos; agustinos y plaza Luis de Fuentes, plaza Luis de Fuentes y casas anexas, y de éstas, a la zona no habitada que llegaba a la playa del río Guadalquivir.

¿Será arriesgado dar una denominación de chunchos a los habitantes de un “ceque” de la ciudad? Por lo que venimos diciendo, los de Talina, estaban ubicados en el espacio entre el actual mercado y la capilla San Roque y, siendo ellos del Altiplano, entrarían en la división étnica, anotada en el Documento I.14, que dice: “En la parte occidental [se refiere a los Andes que van desde La Paz al Cuzco], en que están situadas las ciudades, villas, pueblos y lugares de lo que llaman Sierra hay una elevada cordillera que perennemente está cubierta de empedernida nieve, ramo o brazo de la que circula toda la tierra; a espaldas suya, mirada la cordillera de esta parte occidental, comienzan las tierras dilatadas de los infieles que, para distinguirlos de los chiriguanoes, los llaman chunchos”. Por generalización, el nombre chunchos se habría trasladado a Tarija, para indicar gente del Altiplano, en contraste de los chiriguanoes, que ya estaban presentes. Por consiguiente, la oposición entre chunchos y guaraníes (chiriguanoes) habría podido estar a lo largo del camino, en la conjunción entre Chichas y Tarija



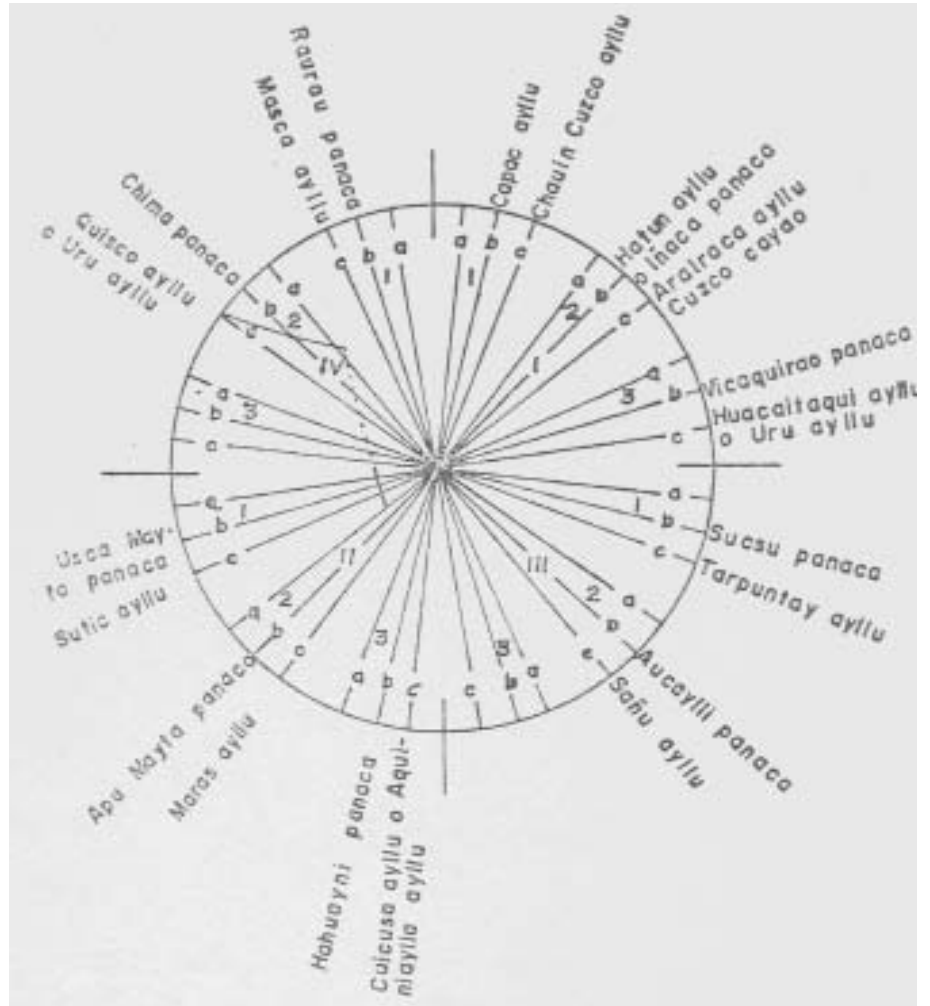
que fue trayecto recorrido por los antiguos habitantes prehispánicos y confirmado por los “advenedizos” españoles desde el Cuzco y Charcas a Tarija. La bajada desde la cordillera de Sama hacia el valle de Tarija, diez horas de caminata, bien pudo justificar una posada en la actual ubicación del Lazareto. Que el cansancio y la enfermedad, hayan posteriormente encontrado denominación de lepra, con invocación de salud a San Roque, es del todo justificable. Así se explicaría la actual fiesta de San Roque, que se celebra en Tarija con tales matices (Calzavarini Lorenzo, “San Lázaro y San Roque: la fiesta de la caridad para vencer la enfermedad”, en *Cántaro*, n.º 151, suplemento cultural del diario *El País* de Tarija).

✂ Sin trabajos arqueológicos, poco podemos saber sobre las poblaciones originarias de los valles. Tomatas y churumatas serían gente advenediza como mitimaes incaicos que, con la caída del Cuzco, se integraron a la presencia española, que se inició antes de la fundación de 1574. Con ella se daba, no tan sólo un hecho de inicio, sino una correlación de fuerzas territoriales y de comunicación, por ésta, Tarija tenía conexión segura con Santa Ana, Padcaya, Chaguaya, Concepción, San Lorenzo y Entre Ríos (1616), Camataquí y Camargo [VI.1]. El concepto de “frontera”, que justificaba la fundación de la ciudad contra las avanzadas de los guaraníes hacia el Altiplano, resulta una dimensión ideológica muy exagerada. La

Templo de San Lorenzo (Tarija la Vieja).
Foto A.F.T.

política hispana obraba en aquel tiempo con doble estrategia: la de los “tiempos cortos” y la de los “tiempos largos”. En la medida que los primeros no resultaban (en el caso guaraní: imposibilidad de entrar en la cordillera desde Chuquisaca, Santa Cruz y Tarija, la muerte de Manso, de Ñuflo de Chávez y la derrota del virrey Toledo, que en son de guerra, fue a sus tierras en 1574) dramatizaron la búsqueda de un camino de tierra y agua, desde Potosí a Buenos Aires. Así, dificultades presentes e incertidumbres del futuro exageraron los calificativos de enemistad contra los guaraníes.

Tales situaciones habrían podido ser realidad antes de la fundación de 1574 y precisamente contra la presencia hispana “advenediza” anterior. La región de Tarija fue conocida por Alejo García, que desde tierras brasileñas llegó al Pilcomayo en 1535; parte de las huestes de Almagro, que iba hacia Chile



desde el Cuzco, dejó soldados-agricultores disgregados; y en 1539 Diego de Rojas y Pedro de Candia se establecieron con reparticiones de tierras. Su primera residencia cubría los alrededores de San Lorenzo con posible expansión hacia Tarija. Luis de Fuentes fue el organizador de la “república de los españoles” en conexión con “Charcas nuclear” (Josep M. Barnadas, *Charcas: 1535-1565*, La Paz, 1973) que tuvo su fuerza en la concentración urbana y en la dispersión rural. Nuevamente la pregunta: ¿Cómo es posible que el problema de los guaraníes se agigantara con la fundación de Tarija, cuando, en los años anteriores, éstos habrían podido aniquilar la presencia hispana? La respuesta es que, por la seguridad adquirida, Tarija-colonial

Organización espacial de Tarija colonial.
Dibujo de Javier Castellanos.



suspendió el régimen de intercambio o compensación de bienes (“robos de ganado”) con las poblaciones vecinas y el proyecto de “tiempos largos” se unía con el de “tiempos cortos”.

Transcribimos, para mayor información, las páginas del P. A. Corrado (*El Colegio Franciscano...*, op. cit., pág. 10): “Una mano temeraria o ignorante rasgó del libro de cabildo la hoja que contenía el acta de posesión y fundación de esta villa: apenas quedan unas palabras, que no dan sentido alguno. Afortunadamente podemos suplirla con una carta, que el Concejo Municipal de ella escribió a la Real Audiencia de La Plata con fecha 29 de octubre del mismo año 1574, y que es el documento más antiguo que se encuentra en este archivo”.



Organización espacial de Tarija republicana.
Dibujo de Javier Castellanos.


“Si este Cabildo (dicen) non á hecho esto ántes de agora, á sido por dar á V. A. copiosa relación de todo lo que es la tierra desta provincia y calidades della; y porque también nos hemos ocupado en hazer algunas casas con torres fuertes, y un fuerte grande para todos los indios, que está hecho de palizada, que toma toda la plaza de esta villa, dentro del cual están todos los indios muy contentos. Poblámos á cuatro de julio en un sitio bueno y llano cerca del río principal: y por medio del pueblo va una acequia de ocho piés en ancho, y por la parte de arriba va otra del mismo ancho. La tierra, á lo que hasta agora á mostrado, es fértil, y creese se darán en ella viñas, y olivares, y otras cualesquier plantas. Es muy ancho el valle, que por partes tiene mas de seis leguas, y de largo habremos corrido hasta diez leguas. Tiene muchos ríos y arroyos de muy estimadas aguas, que riegan la mayor parte del valle. Es mucha tierra, que ay que poder poblar una insigne ciudad. Ay en los ríos muchos pescados de diferentes géneros, y en el valle mucha caza así de volatería como de montería; porque ay venados, hurinas, y en lo alto vicuñas y guanacos: hay palomas, perdices, patos, garzas, bandurrias y otros géneros de aves. Ay también mucho ganado vacuno cimarrón y puercos; y el ganado vacuno en tal gran cantidad, que en esta provincia no se halla otra dificultad sino en haberlo, por el daño que hazen en las sementeras, y que los toros hazen en ellas por ser muchos, y en los indios y españoles por ser muy bravos”.

La ermita de Nuestra Señora de los Ángeles de la Porciúncula

La fundación de un convento, incluso de un simple hospicio, corresponde a la autoridad del ministro provincial y su consejo (discretorio). Así la decisión para la presencia franciscana en Tarija vino desde Lima; es decir de la Provincia de los Doce Apóstoles del Perú que en 1607 fue nuevamente subdividida en dos, restableciendo la autonomía jurídica de San Antonio de los Charcas. Esto explica la ubicación de documentos. Por atención del P. Mauricio Valcanover, hemos recibido la información del archivo del convento San Francisco de Lima que nos hace conocer: en 1618, el convento de Tarija, nacido como fraternidad de recoletos, perdió esta denominación por la falta de personal religioso. Tal documento tuvo que estar en el Cuzco, entonces sede central de la Provincia de San Antonio de los Charcas, y posteriormente, debido a la organización archivística pasó a Lima.


Como hemos indicado, los recoletos agrupaban a los hermanos que se atenían a una vida más austera, retirada y espiritual. Por eso sus conventos eran siempre de gran soledad. Sin embargo, serán los recoletos los que desarrollarán mayores actividades de predicación y de entrega a la vida misionera. El nombre dado al convento de Tarija expresa ese programa, ligándose idealmente a la cuna del franciscanismo. El convento, por los datos de las obras en los años entre 1756-1769 [I.16], se ubicó en la extensión de dos manzanas. En la cuadra ubicada hacia el sur (actual calle La Madrid), se planificó una pequeña capilla y las oficinas, que hacían ángulo con las celdas de los hermanos en el lado oeste (actual calle D. Campos). Por normas de clausura, lo que no estaba edificado, era cerrado de alguna forma. La capilla de 1607 debió asemejarse a un simple salón, construido con materiales pobres. Su existencia era necesaria por una doble razón: la salmodia litúrgica u oración pública del pueblo cristiano y de las eucaristías, por las cuales se recibían compromisos fijos de ofrendas, bajo el título de capellanías.

La crónica del P. Diego de Mendoza nos habla de una capilla nueva que fue iniciada en 1627 e inaugurada en el año de 1645. El documento que esclarece el inicio de la vida franciscana en Tarija es el I.8, que nos relata la biografía del primer guardián, fray Antonio de San Buenaventura. Sus días incluían hechos de conversión dramática y su santidad era sorpresa continua en una sociedad agrícola, temerosa de su propia existencia: plagas en los cultivos, daños de agentes atmosféricos y peligros de enemistades con las poblaciones cercanas. Se supone que los demás hermanos que, de tres, pasaron a un número permanente de seis u ocho, fueron personas del mismo carisma espiritual.

 La legitimidad de reconocerse con raíces antiguas en las tierras de Tarija, surgió igualmente entre acontecimientos de milagro. En 1616, en Torres, pueblo cercano a Salinas, se encontró una cruz. El símbolo de la cruz era muy usado por los guaraníes para mostrar su voluntad de recibir el mensaje cristiano. Precisamente en Torres se mostraba que era deseado desde los tiempos apostólicos en la imagen de un anciano que custodiaba aquella cruz escondida en la selva. La reconversión de los contenidos ideológicos, que con el virrey Toledo justificaron al régimen colonial como empresa de liberación contra la barbarie de los pueblos originarios, era clara: los guaraníes (ellos fueron los descubridores) guardaban en su historia las semillas de lo que se les quería ofrecer. El documento I.10, en su relato profundo, explicita que el mensaje evangélico ya había sido mostrado y que los guaraníes, más que enemigos, eran esperados. El territorio de la barbarie se cambia en espacio de cumplimiento de perfección. El mismo martirio de fray Gregorio Bolívar y sus compañeros entre los guaraníes identifica a los pueblos originarios como instrumentos de salvación y bienaventuranzas. Muerte y vida se movían por caminos misteriosos, en los que el ardor apostólico sobrepasaba los signos negativos para transformarlos en resurrección [I.11].

Aquella cruz era milagrosa. Desapareció y se tuvo que buscarla entre los negros (que vivían la condición social más desfavorable) y en 1631, con permiso de la Audiencia de La Plata, fue llevada al convento franciscano de Tarija. Se la colocó en la pequeña capilla, y en 1645, en el crucero del nuevo templo. Desde entonces, la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles de la Porciúncula fue terreno de salvación sin separaciones étnicas y sin clasificaciones de orígenes culturales: Latinoamérica tenía destino cristiano antes de su nacimiento.

Por el ya citado documento del archivo de San Francisco de Lima, sabemos que el convento de Tarija no siguió con el programa de recolección por falta de personal. De hecho, tal régimen de vida exigía un número de frailes fijo a fin de que pudiera gobernarse autónomamente en sus quehaceres conventuales. Por ser pocos hermanos, algunas circunstancias de actividad misionera fueron realizadas por los de San Francisco de Chuquisaca en 1609 [I.9]. Si bien pobre, como la totalidad de la ciudad, en 1645 se inauguró el nuevo templo, que se extendía en el actual espacio de la basílica menor de San Francisco, ocupando la mitad de su nave central [I.16]. El pleito de los indios yanaconas correspondió a esa construcción [I.12].

 Analizando los libros de cuentas, el Convento de Santa María de los Ángeles se mantuvo en el organigrama de las decisiones de la Provincia de San Antonio de los Charcas, pero demasiado reducido para asumir la dinámica urbana y poder sustentar la organización conventual, prefigurada en el Documento del P. Basilio Pons [I.13] del año de 1690. Su

insistencia en las obligaciones de los hermanos para la celebración de la salmodia litúrgica (coro), que resulta de tiempos bastante largos, la meditación y la vida común, que incluía “disciplinas”, como forma penitencial de azotar el cuerpo, y el “capítulo de culpas”, otra forma penitencial de reconocimiento público de sus propias faltas con relación al cumplimiento de vida cristiana y religiosa, lo muestra bastante centralizador. El resguardo principal consistía en retener a los frailes dentro del recinto conventual, con controles en la portería y en permitir la salida siempre de dos en dos. Por esto, la estructura arquitectónica encerraba templo, salones para conferencias, bibliotecas, oficinas de trabajo, comedor y bodega; y la comunicación entre éstos se realizaba por los claustros. La actividad fuera del convento era sólo aceptada para los hermanos que vivían en las doctrinas (parroquias de indios), a los predicadores y a los que asistían a los enfermos. A tal control interno correspondía el rigor de los ritos de introducción a la orden. Se empezaba con la exclusión de orígenes culturales y familiares, que los postulantes fueran hijos de españoles y criollos; no podían tener sangre indígena o negra hasta el cuarto grado o sea: bisabuelo, abuelo y padre. Se decretaba, por tanto, una reserva hacia los indios y negros así como rezaban las *Constituciones [Estatutos Generales] de Barcelona* (presentes en nuestro archivo en edición de 1746 -A.F.T. RR-9-): “Sea (el novicio) de buen linaje, conviene a saber, que no sea descendiente de Judíos, ni de Moros convertidos, ni de Herejes, por remotos que sean, ni sea descendiente de Gentiles modernos”. Aquí una contradicción con la práctica. Mientras la norma alejaba a los negros, en el templo se veneraba a San Benedito de Palermo, que era un santo negro [I.15]. Asimismo, había en sus altares dos imágenes de San Antonio: uno denominado de españoles y el otro de indios. ¿Cuál la diferencia? Según la iconografía antigua, el santo de Padua era representado con el Niño en el brazo o del mismo modo con el Niño de pie sobre la santa biblia. Se quería decir a los indios (“Gentiles modernos”) que la invocación al Niño y al propio San Antonio pasaba antes por la aceptación de la Palabra de Dios, la que se suponía conocida por los fieles de largo pasado católico.

Moviéndonos siempre en el régimen de las contradicciones, lo referido a “indios y negros” debería entenderse no como inhabilitación sino como limitación por el gran número de candidatos; por otra parte, tal preferencia era también sometida a la necesidad de “suficiencia de la latinidad” [I.13], lo que canalizaba hacia la trayectoria conventual de los hermanos legos o de simples donados a aquéllos que no habían tenido escolaridad. Más allá de las reflexiones anotadas, la totalidad del documento del P. Pons refleja un afán de burocratización jurídica, apta sólo para los grandes conventos: Cuzco, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y La Paz. La representación mental, que se recaba es de estancamiento, refleja una existencia encerrada en los límites del territorio colonial consolidado; y tal documento no tiene nada que ver con el brío y pulcritud de la descripción de las misiones de Apolobamba [I.14]. Las dos corrientes se mantenían en el conjunto provincial, y la segunda fue la que mostró más vitalidad para un nuevo espíritu apostólico.



No por ser pobre, el Convento de Nuestra Señora de los Ángeles descuidó ninguna de las características de casa de frailes franciscanos. El inventario de 1684 anotaba los siguientes espacios: templo, sacristía, coro, librería, refectorio, cocina, bodega, vestuario de los santos, ornamentos litúrgicos, enseres de madera, plata labrada y joyas. Sobresalían aun un órgano nuevo en el coro, preciosidad de telas, “alfombra grande de

ocho varas de largo y seis de ancho de lana de colores”; entre la plata labrada se indicaba: 4 cálices, 3 crucifijos; de ellos, una “cruz alta de plata pesada” y 6 coronas. De las estatuas y lienzos, en 1684, se registraban 18 santos (esculturas) y 4 pinturas; en 1691, catorce Niños al óleo y doce Niños desnudos (seguramente para los pesebres de la Navidad). Las imágenes artísticas enaltecían ante todo las realidades de la redención, insistiendo en Jesús de Nazaret en los días de semana santa, la Virgen siempre relacionada al Salvador y a su misterio de predilección en cuanto a destino de Madre de Dios; los santos, corona del Mesías en su tiempo terrenal (San Juan el Bautista y la Magdalena) y los santos franciscanos que se acercaron más a la perfección evangélica. Entre éstos, la preferencia iba hacia imágenes de epopeya humilde, hombres que sacaron riquezas de la nada y dedicados a la acción de la caridad. San Antonio y San Francisco Solano representaban la unión de las virtudes cristianas de los dos continentes: Europa y Latinoamérica.

Nos interesa subrayar a los involucrados en tal iconografía. ¿Quiénes en Tarija eran de linaje señorial y quiénes los humildes? Se ve claramente una atmósfera de pueblo chapaco (denominación de los habitantes del Valle Central de Tarija) sin diferenciaciones muy marcadas, unido a la espiritualidad franciscana y conjunción de virtudes para un contexto latinoamericano. ¿De dónde la fuerza para deseos tan intensos? Hacemos hincapié en los rasgos característicos de vivencias que eran dictados por la precariedad. ¿Por qué hacer, rehacer y complementar el templo? El poder colonial no interfería en la obra franciscana, excepto en cuestión de “permisos”. Las preocupaciones de los “tiempos largos” nunca estuvieron incluidas si bien prefiguradas. Otro desconcierto: ¿Por qué tanto tiempo entre inicio y conclusión de los trabajos?; y además, ¿para qué tanto énfasis en nombrar poderes cercanos y lejanos? En 1607, en el reducido conjunto conventual, nació también la primera capilla. En 1627, se inició la segunda, a la cual se dio carácter de oficialidad escondiendo en sus muros una proclama de presencias (Corrado A., *El Colegio Franciscano...*, op. cit., pág. 28): “Debajo del cimientto de esta nueva iglesia se puso el siguiente memorial:

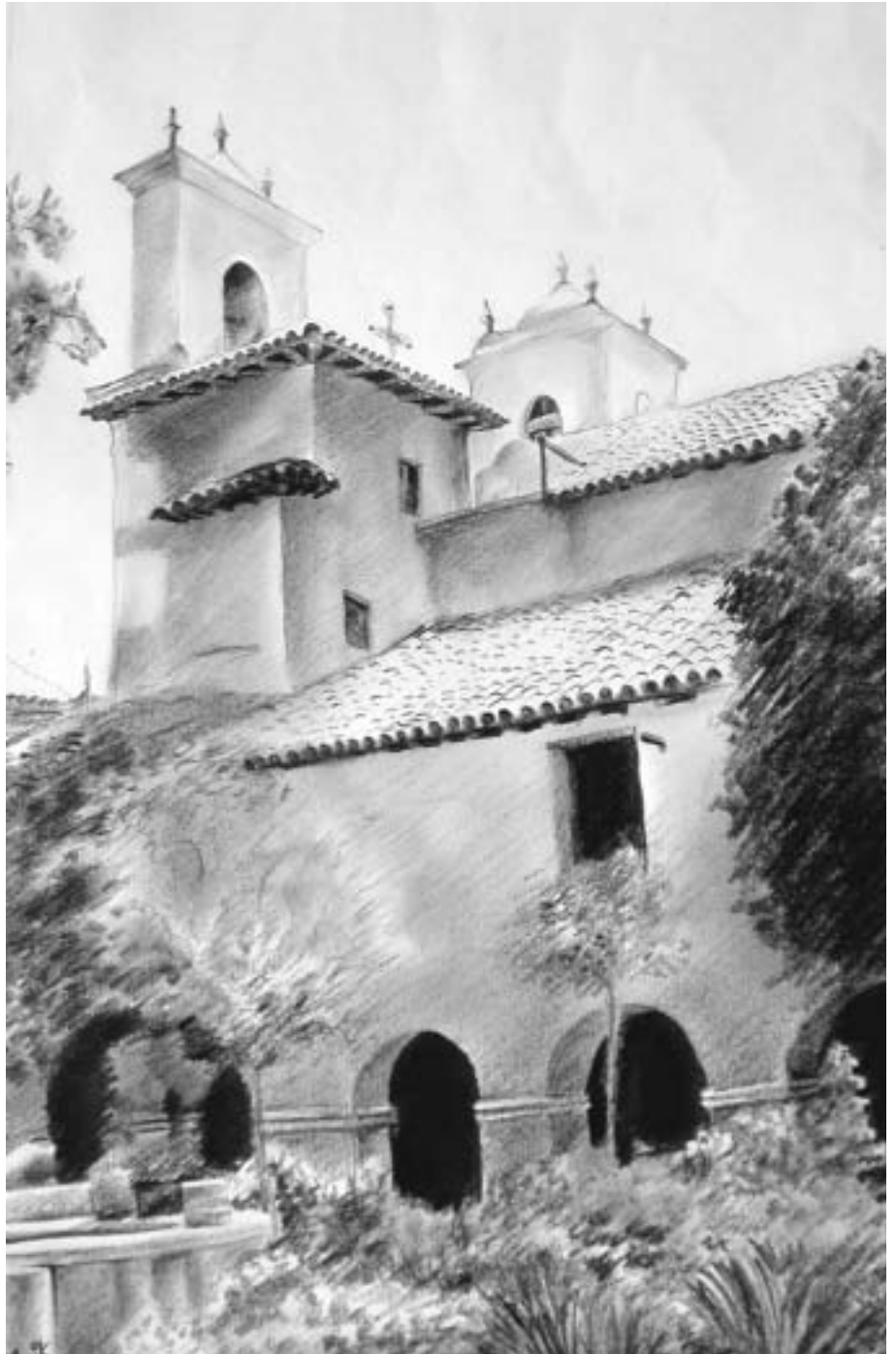
En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, de la Virgen nuestra Señora, y de nuestro Padre San Francisco, se dio principio y puso la primera piedra á este templo de los frailes menores observantes de la orden de nuestro Padre San Francisco, dedicado á Nuestra Señora de los Ángeles de Porciúncula, rigiendo la Iglesia de Dios en la Silla pontifical Urbano Octavo; y reinando en España Phelipe quarto; y siendo Virrey del Perú D. Diego Fernández de Córdova, Marqués de Guadalcazar; Correjidor de esta Villa de Tarija D. Juan Frías de Breña: y siendo general de la dicha órden nuestro reverendísimo padre frai Bernardino de Sena; Comisario Jeneral del Perú, el mui reverendo Padre frai Juan Verdugo Moreño; Provinzial nuestro Padre frai Joan de Azpetia, y Guardián de este Convento el padre predicador frai Luis de Segura, el cual dijo la misa del Espíritu Santo, y puso la primera piedra, oi viernes, á cinco de Noviembre del año de mill seiscientos y veinte y siete.”

Nuestra Señora de Santa María de los Ángeles: de ermita a convento del Colegio de Propaganda Fide

El 14 de octubre de 1755, los padres residentes en Santa María de los Ángeles de la Porciúncula entregaron con inventario [I.15] a los misioneros llegados

de Ocopa, los bienes de su pobre residencia, colindante con el templo concluido en 1645, y pequeña en la espaciosa huerta, que ocupaba dos manzanas. Era una ermita circunscrita a la actividad espiritual y de devoción de la ciudad. Tarija, sin embargo, desde 1626 a 1760, había consolidado un territorio muy amplio de comunicaciones entre Camargo (Cinti), San Luis (Entre Ríos) y Tupiza, además interconexiones camineras con las poblaciones más cercanas: San Lorenzo, Concepción, Chaguaya, Padcaya y Bermejo.

Los franciscanos que hasta 1755 no lograron nunca el número de 7 hermanos, integraban la pobreza profesada, recurriendo a la mendicidad en aquella sociedad agrícola. Así que periódicamente iban a la campiña; y entre ella y el



Claustro central del Convento
S. Francisco antes de la ampliación del
Templo en 1865.
Dibujo de José Mujica basado en la foto
del A.F.T.

convento se fueron institucionalizando contactos espirituales y económicos. El documento VI.1 de capellanías anota 116 posesiones de tierras, chacras, estancias, fincas, haciendas y viñas relacionadas con los franciscanos por obligaciones de celebración de santas misas. Los intercambios desde 1626 hasta 1760 fueron de bienes agrícolas o dinero.


Con la creación del Colegio de Propaganda Fide, que tenía proyecciones de trabajo hacia las regiones más alejadas, el convento fue organizado con reparticiones internas, diferenciadas y amplias. En los inventarios aparecen siempre: templo; celdas para una comunidad numerosa, ambientes para reuniones (refectorio, sala de conferencias, librería, coro); y para el personal de las reducciones que regresaba al Colegio a los capítulos y consultas a los superiores: enfermería, hospedaje y punto de encuentro para los contactos con los pueblos originarios (en el libro *De los Muertos* -A.F.T. H-21- se anotaron nombres de guaraníes, sepultados en el templo conventual), oficinas y espacios internos y externos al convento, para animales de carga y montura. La imagen de “cuartel” de los franciscanos del sur y oriente de Charcas era apropiada. En el año de 1884 el P. Alejandro Corrado (*El Colegio Franciscano...*, op. cit., pág. 32) describe así el complejo conventual: “Este edificio, que aún subsiste tal como lo levantaron los padres españoles, nada tiene de elegante ni de suntuoso. Las celdas bajas y pequeñas; estrechos y lóbregos los corredores: todo es pobre, todo inspira una santa tristeza, que reconcentra los sentidos y eleva el corazón; sin embargo, nada falta de lo que puede contribuir a la religiosa comodidad de los que lo habitan. Una huerta espaciosa, con paseos sombreados de durazneros y molles, de cipreses y álamos, ofrece agradable diversión a los ánimos fatigados por largas y serias ocupaciones. Una copiosa biblioteca con cuatro mil quinientos ochenta y seis volúmenes (*En pieza distinta se conservan otros dos mil trescientos treinta y seis volúmenes de duplicados, para la comodidad, y a la disposición de los religiosos, que salen a misionar en los pueblos cristianos, o, en las

Plaza Luis de Fuentes, 1872.

Foto: Casa de la Cultura de Tarija.



reducciones de los infieles. Ambas librerías van enriqueciéndose poco a poco con nuevas obras), rica en obras clásicas, en todo ramo de ciencias y literatura, facilita a los estudiosos ya una instrucción severa, ya una útil recreación. Una cómoda enfermería, con su oratorio, está destinada al descanso y alivio de los viejos y achacosos, que son provistos de remedios por una botica bien surtida. Las oficinas de panadería, tejería, carpintería y herrería proporcionan utilidades económicas al Colegio, y atestiguan hasta hoy, la actividad prodigiosa de sus fundadores”.

 La ciudad de Tarija y pueblos cercanos ayudaron con generosidad para la nueva obra. El “Cuaderno de la obra: Gastos” [I.16] contiene un listado de bienhechores, costos y trabajos. Se empezó el 15 de mayo de 1756, se inauguró el nuevo templo el día 25 de julio de 1767 (Mingo M., *Historia de las Misiones...*, op. cit., tomo I, págs 74 y 77) y se cerró el libro de cuentas de la primera y más larga fase de trabajo en diciembre de 1769.

En una sucesión que va de 1756 a 1793, tres personajes estuvieron comprometidos en la ejecución, fueron don José Hurtado de Saracho, el P. Antonio Oliver y el hermano fray Francisco Miguel Marí. Según información del P. Mingo, el inicio se debió a don José Hurtado de Saracho que en aquellos años era también “fabriquero” de la iglesia Matriz. Incluso, en la relación firmada por el P. Oliver, él fue “fabriquero” del convento del Colegio de Propaganda Fide, Regidor Perpetuo de la Ciudad (el “Veinticuatro”), y encargado por el cabildo de cobrar las Pías Memorias [VI.1], con el estipendio del diez por ciento de la colecta total. El P. Mingo dice que era persona bondadosa, que “se comprometió a emprender la construcción a su costa, para cuyos gastos se le prometió contribuiría el nuevo Colegio con las limosnas que poco a poco o con el tiempo fuesen entrando” (Mingo M., *Historia de las Misiones...*, op. cit., pág. 74). El P. Oliver anota que, en algunos años, el “fabriquero” no trabajó, siguió de cobrador, y que en el año de 1758 tal oficio pasó al síndico del convento don Inocencio Antonio Rodríguez de Valdivieso.

Por las últimas referencias, resulta que don José Hurtado fue excluido de la obra desde el año de 1758, quedando sólo el P. Oliver como “fabriquero”, colaborado por el síndico Valdivieso y el “sotasíndico”, que era un hermano donado. Tal situación fue confirmada en el capítulo conventual de 1761. En la necrología de fray Pedro del Castillo se dice que “trabajó en la iglesia nueva de este Colegio” (*De los muertos*, A.F.T. H-21). En 1758, fray Pedro fue a la Cordillera y volvió al poco tiempo al Colegio. El P. Mingo y el P. Comajuncosa no dan noticias de actividades de construcción de dicho hermano lego; tampoco se puede identificarlo con el “sotasíndico”, oficio confiado a un hermano donado.


Los mismos autores, en sus crónicas posteriores, no hacen mención de fray Francisco Miguel Marí. La certificación de sus trabajos está en el acta n. 33 [I.30] de 1806, cuando habiéndose trasladado sin permiso de los superiores del Colegio a Moquegua, justifica su ida aduciendo enfermedades debidas al clima de Tarija. Los padres del discretorio, para legitimar esa decisión tomada de antemano, le reconocen méritos señalando que era autor de lo siguiente: “...sillería y facistol del coro, retablo mayor, seis altares a lo romano y diez confesonarios en la iglesia, por lo que hace al oficio de carpintero; y dirigiendo la arquitectura: el segundo claustro bajo y alto en que está la enfermería, la librería sobre el refectorio y el cerco de la chacra y sus casas o cuartos, sin contar la media naranja de la iglesia de San Francisco de Salta y la iglesia y claustro de San Felipe en Chuquisaca”.



Las partes más importantes de la construcción del convento siguieron esta sucesión: desde 1756-1769 se hicieron los arcos del claustro principal, elevando al lado norte y oeste, los cuartos bajos y altos; se fabricó el nuevo templo que resultó más largo, con nuevos cimientos y muros más altos y sólidos que el antiguo (de 1645) hasta la nave central de la actual basílica menor; mientras tanto se enladrilló la acequia desde el molino hasta la huerta; se construyó la cocina, comedor y oficinas adyacentes. Al lado del templo, formando con el comedor dos alas, un claustro abierto hacia la huerta; y tres cuartos frente a las oficinas antiguas de la ahora llamada calle La Madrid, lo que permitiría después, con la nueva enfermería, otro claustro cerrado. El documento I.22 avala el pedido de un terreno en la cuadra frente a la puerta falsa (calle Colón), donde quedarían las oficinas más anchas y continuas; dice el documento I.25 que se concedió el cierre de la calle Colón, así se conectaba el convento con las oficinas; en el documento I.28 consta la donación de doña Agustina Echalar del área que queda entre las calles Colón y Suipacha, además del terreno donde se encontraba el ex colegio Antoniano, hoy Universidad Católica Boliviana “San Pablo” de Tarija. Esto permitió ampliar la huerta y donde, seguramente, funcionaba la escuelita para niños y jóvenes de la ciudad.

Fachada antigua de la Basílica Menor de S. Francisco.
Foto de Vincenzo Mascio, 1897, A.F.T.



 ¿Quién fue el arquitecto del Colegio de Nuestra Señora de los Ángeles de Tarija? Sabemos lo que trabajó fray Francisco Miguel Marí. Consideramos que fue él quien completó artísticamente las partes que nacieron en larga sucesión de tiempos. Quedan anónimos para tal oficio en los documentos don José Hurtado de Saracho y el P. Antonio Oliver, ambos indicados sólo como “fabriqueros”. Una situación particular, sin embargo, se manifiesta: cuando estaba de “fabriquero” el primero, el otro desaparece. Por tanto, en los dos casos no se trata de simples maestros de obras. En cuanto a las características arquitectónicas: las columnas del claustro central conventual, documentadas en una fotografía del 1865, tenían una estructura similar con la que aparece en un edificio de la plaza central (fotografía del año 1879). Esto nos hace pensar en la formación de una tradición arquitectónica en Tarija, adaptada al desarrollo urbanístico de la ciudad, a los materiales de adobe y madera, y a las proporciones de la comunicación práctica y cultural.

Campanario chico del Convento S. Francisco, probablemente obra de Fray Francisco Miguel Marí.

El “fabriquero” don José Hurtado de Saracho, encargado de la iglesia Matriz, debió ser algo más que un ejecutor material y un bienhechor. Los dos encargos lo hacen personas de renombre y de experiencia reconocida. La figura del P. Oliver es verdaderamente emblemática. Llegó a Tarija el 10 de octubre de 1755, inmediatamente después del primer grupo de misioneros franciscanos, compuesto por el P. Manuel Gil, otro sacerdote y un hermano lego (Mingo M., *Historia de las Misiones...*, op. cit., pág. 55). Con él arribaron el P. Mariano de la Concepción y fray Pedro del Castillo. El P. Oliver fue encargado de la obra desde el comienzo y, en 1758, fue elegido guardián. Nuevamente estuvo en el mismo ministerio en los años 1764-1767. Su última firma en Tarija es la de diciembre de 1769, fecha que cierra el “Cuaderno de la obra: gastos”. Él llevó gran responsabilidad en todo el decurso de la construcción del Colegio (1756-1769), que comprendía la parte más difícil y esencial del diseño total. Terminada ésta, él se marchó. Se notifica su muerte en Buenos Aires en el año de 1787.

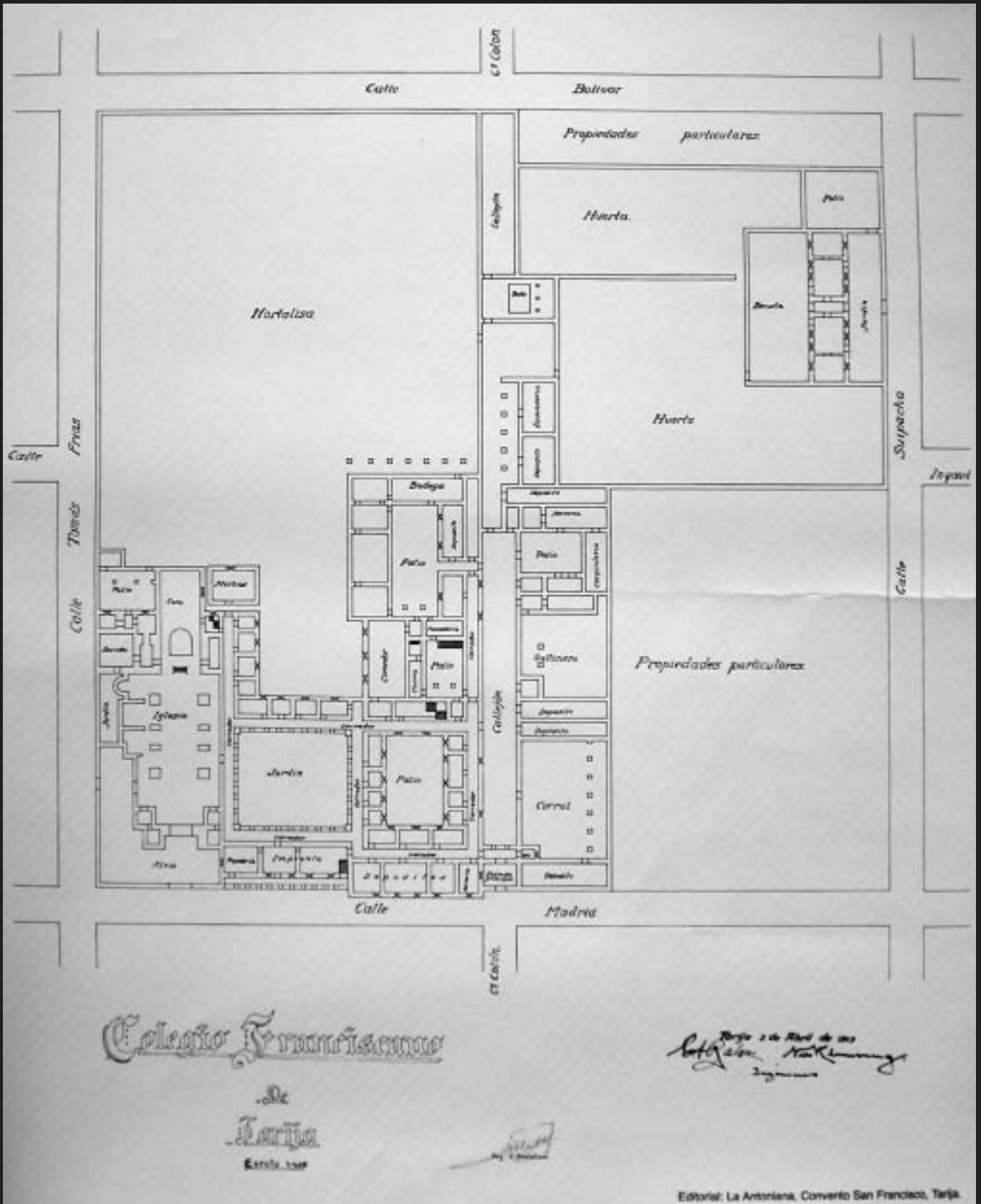
Lo importante no es reflexionar sobre el por qué desapareció, sino el por qué vino a Tarija y por qué se quedó hasta 1769 y no usufructuó del privilegio de marcharse a los diez años en 1765, como religioso integrado al Colegio. Deducimos que, siendo del grupo de los fundadores, vino con el encargo preciso de dedicarse a la obra. Al igual que don José Hurtado de Saracho, tuvo la denominación de “fabriquero”.

Lo dicho, hace pensar que el P. Antonio Oliver tenía funciones más importantes que las de contador, y estuvo comprometido directamente en la concepción arquitectónica del convento. Desaparecido él, quedó su obra, que por los objetivos del Colegio de Propaganda Fide, de trayectoria franciscana, tenía sólo los espacios ya descritos. El esquema arquitectónico ya estaba concluido, nació del universo mental del P. Antonio Oliver, y por eso lo consideramos, al igual que a don José Hurtado, arquitecto del Convento de Nuestra Señora de los Ángeles de Tarija.



Con relación al número de hermanos y a los objetivos de acción, el convento inicial de recoletos no necesitaba de mayores dimensiones ni de especialización de ambientes. Era una ermita. Perdida en grandes espacios de soledad en la amplia huerta y en los extramuros de la ciudad, era una construcción en “L”. Las celdas, y, al otro lado, la capilla; las primeras sobre la calle Daniel Campos, antiguamente llamada de Santa Bárbara, y la segunda en la calle La Madrid (antes calle San Juan, por el apóstol, cuya imagen había en la portería) en prosecución de las oficinas. La documentación no dice que esta capilla actuara siempre de “capilla interinaria” en la construcción del templo de 1645 y en la de 1756-1767. Nuestras conclusiones se derivan de la descripción de la secuencia de los trabajos de 1756-1769, que indicaban lo que se debía deshacer y lo que se debía mantener en pie [I.16].

Con la creación del Colegio de Propaganda Fide, ni un retazo del antiguo convento podía conservarse. Asimismo, por la falta de espacio para la realización del Plan General, se procedió a levantar construcciones de dos pisos. El diseño conservaba idealmente la ermita, no más perdida en la huerta, sino extendida en el gran complejo conventual. Fueron preocupaciones que se prolongaron casi cuarenta años. Después del documento *Cuaderno de la obra: Gastos* [I.16], otros especifican la amplitud del Colegio. El documento I.18 de 1769, indica que sobre las antiguas oficinas entre las calles Colón y La Madrid, se construyó el segundo piso; en el documento I.22, se pide un retazo de terreno en la cuadra frente a la puerta



Colegio Franciscano de Tarija.
Plano planta baja, 1919, A.F.T.

falsa (cuadra: Colón y Suipacha) para que las oficinas fueran amplias y contiguas; en el documento I.25, el gobernador intendente de Potosí aceptaba el cierre de la calle, hoy Colón, para dar continuidad de espacio entre las oficinas y el convento; el documento I.28 atestigua la donación de doña Agustina de Echalar de la cuadra completa que hoy queda comprendida entre las actuales calles Colón-Suipacha e Ingavi-Bolívar, con destino a escuela y ensanche de la huerta.

Con tal disponibilidad de espacios, el convento del Colegio de Propaganda Fide fue sometido a una dinámica de construcciones y refacciones. Pensamos que los padres fundadores no imaginaron la importancia que adquiriría la acción franciscana en Tarija, Chaco y Oriente; pero, sin embargo, fue éste el motivo que los obligó a engrandecer su “cuartel general”. Se nota también una cierta desproporción de osadía en las diferentes etapas de las realizaciones que se movieron con previsiones acertadas.

Las ampliaciones conventuales se complementaban, en el 1775, con la adquisición de terrenos para el cuidado de “60 mulas, tres caballos y una yegua en la Angostura”; el acta 14 [I.29] indica el cerco de la chacra (el Obraje), el acta 33 [I.30], trabajos de fray Francisco Miguel Marí en el Obraje, donde estaba el alfarar, el acta 39 [I.31], el cambio de el Obraje al Tapial de San Luis.



La pregunta pertinente ahora es: ¿cómo y de qué vivían los franciscanos de Tarija? El documento que nos puede orientar es el libro impreso titulado: *Estatutos Generales de Barcelona*, (Madrid, 1746). En la contratapa lleva un escrito a mano: “Pertenece al refitorio del Colegio de misioneros de Tarija”. Esto aclara que era texto de lectura en voz alta, durante las comidas. Las páginas más usadas son las que consignan la “Regla de vida” escritas por San Francisco. Como hemos explicado al comienzo de esta introducción, los franciscanos americanos pertenecían a la reforma de los observantes, incluyendo también individuos de otras reformas, sobre todo de los alcantarinos. Los recoletos se transformaron en grupos internos a ambos, con tendencia a una vida austera y retirada. Los Colegios de Propaganda Fide, más que reforma, eran una nueva institucionalidad, dedicada exclusivamente a la labor misionera; y fuera del contexto provincial (unión de varios conventos bajo el gobierno de un único superior, denominado ministro provincial). Por concepto de trabajo misional se gobernaban con decretos papales e indicaciones del comisario general de la corte de Madrid. Eran autónomos y se regían por “Estatutos Municipales”, aprobados por el ministro general.

Los documentos I.19 y I.21 describen la situación económica del Colegio de Tarija. Los hermanos, además del trabajo, vivían de la mendicidad de bienes agrícolas. Su estándar de vida debía corresponder al de las familias de nivel medio. El condicionante mayor era el número de residentes conventuales, el trajín de las idas y venidas, la continua reprogramación de las necesidades y el hacer frente a imprevistos. La limosna, que representaba la cuarta parte del total de las entradas, obedecía a las estaciones y a los ciclos de producción de los campos, que eran las remesas de vituallas a Potosí desde Tucumán y de la propia Tarija. Se recolectaba vino, carne, sayal, cueros para sandalias, trigo, quesos, grasa, huevos, maíz, ají, miel, palmas para escobas. Todo el caminar era oficio de los hermanos donados, legos y algún sacerdote.

El documento I.21 subdivide la economía conventual en “entradas de plata”, “limosnas onerosas” (a cambio de servicios religiosos con retribuciones voluntarias), que eran bienes que podían cambiarse por moneda y “limosnas



puramente gratuitas”, fruto de la mendicidad. Los expendios estaban clasificados en “comestibles”, “no comestibles (polvillo, enseres de cocina, carbón e incienso para sacristía, pólvora para las fiestas)”, costos de manutención conventual y viajes. Luego el acta 6 [I.26], debido a que se pide a los franciscanos de Tarija una colaboración para el comisario general de Madrid, decide el aporte de 50 pesos, justificando la decisión del convento, a pesar de la obligación de muchos gastos extraordinarios: las Pías Memorias eran sometidas a tasación por el gobierno colonial, el aumento de las reducciones, que demandaba ayuda por la lentitud de las cajas reales, gastos para el templo y oficinas, para el religioso, que de “cinco en cinco años” iba a España a coleccionar misioneros, y gastos del comisario prefecto.

Por el documento I.21 sabemos que el rey había asumido los gastos para el “aceite de la lámpara y para el vino de las misas de los sacerdotes, a saber, 60 pesos para la lámpara y quince pesos para cada sacerdote...”. Se excluía el convento de la recepción de los sínodos para las reducciones, lo que representaba un capital inicial en herramienta. Así fue. Los famosos sínodos (interpretados como unión de la Cruz y la Espada) sonaban más por sus reclamos que por su verdadera consistencia.

Se necesitaba realmente un suplemento de almas para la subsistencia del “cuartel general franciscano”. La vida se justificaba sobre la base de una decisión voluntaria, con motivaciones religiosas y humanísticas. El segundo aspecto se centraba en la biblioteca que era la dimensión de intelectualidad. La arquitectura conventual en sus espacios personales, públicos y claustros, estaba marcada por objetos que indicaban el transcurso de las horas (una casi obsesión por los relojes y horarios) y representaciones de espiritualidad. Se trataba de pinturas de los misterios cristianos, que provocaban sintonías interiores.

La descripción del P. Corrado, ya citada, subraya un aporte místico y ascético, inscrito en el complejo arquitectónico conventual. Un sabor romántico ilumina aquellas líneas. Pero, es verdad que sin contemplación de misterios y sin esfuerzo de esclarecerlos en nosotros mismos, no es posible una dedicación de gratuidad.

